**Domingo 31º del Tiempo Ordinario (30.10.2016): Lucas 19,1-10**

***‘Les contó otra parábola porque estaba cerca de Jerusalén’.* Y yo escribo ¡CONTIGO!**

La expresión de este encabezamiento *“Les contó otra parábola porque estaba cerca de Jerusalén”* (Lucas 19,11) no pertenece a la lectura que se nos proclama en la liturgia de la misa eucarística del último domingo de octubre. Es más, ni esta expresión del relato de Lucas ni todo cuanto se cuenta a continuación en el capítulo decimonoveno se leerá nunca para que el pueblo llegue a conocer estos mensajes. Si alguien se preocupó de llevar cuenta de esta denuncia caerá en la cuenta de que en este año ya lo he constatado en más de quince ocasiones. No importa, seguiré insistiendo.

Me sitúo ya en la narración de los hechos que Lucas nos relata en el comienzo de ese capítulo que nos sitúa en la ciudad de Jericó, la penúltima del camino de llegada a Jerusalén. La última será Betania (Lucas 19,29ss). Sólo con oír la palabra ‘Zaqueo’ se recuerda lo sucedido en el interior de la casa de esta persona que, según los significados de las etimologías de los nombres, significa ‘persona intachable, justa, pura’. ¿Será verdad el hecho o se trata una vez más de la aguda ironía con la que escribe Lucas sus mensajes? Lo segundo, creo.

Un recaudador con experiencia, jefe de los recaudadores que trabajan directamente para el imperio en la recogida de los impuestos, pequeño de cuerpo, publicano, extorsionador abusivo (Lucas 19,8), enriquecidamente rico y hasta posiblemente extranjero…, ¿puede considerarse en los círculos de la religión judía como ‘persona sin tacha’? Este Zaqueo de Lucas parece ser la viva imagen de uno de los personajes de su relato en 18,9-14.

Si en la realidad de la historia sucedió lo que Lucas 19,1-10 nos cuenta, me cuesta una utopía pensar que los otros tres Evangelistas hubieran olvidado este hecho y sus consecuencias. Creo más bien que la habilidad narrativa de Lucas imaginó todo esto para hacer comprensible la identidad de la vida y de la misión de Jesús de Nazaret. Mientras leo este relato de Zaqueo no deja de resonarme el mensaje ya anunciado en 15,1-3: *“Todos los que recaudaban impuestos para Roma y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle. En cambio, los fariseos y maestros de la Ley murmuraban: Este anda con pecadores y come con ellos”.*

Además, como ya he indicado, este relato de Zaqueo sólo le pertenece a Lucas y nos lo ha situado, muy cuidadosamente, en el corazón de la ciudad de Jericó y para ello ha variado la ubicación de los hechos entorno al ciego Bartimeo como se puede constatar al leer en paralelo Marcos 10,46-52, Mateo 20,29-34 y Lucas 18,35-43: *“Cuando se acercaba a Jericó, un ciego sentado junto al camino oyó pasar gente y preguntó de qué se trataba”.* Y a continuación en 19,1: *“Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad”.* Y otro poco después en 19,28: *“Y dicho esto, Jesús siguió su camino, subiendo a Jerusalén”.*

Jericó fue la puerta de entrada a la tierra con la que soñaba el pueblo mientras escapaba de la esclavitud del viejo imperio del faraón egipcio. Y en Jericó, constatan los Evangelistas, acontece el acabamiento de la ceguera que esclaviza a Bartimeo y la liberación de la riqueza que deshumaniza a Zaqueo. Y esto es posible por la experiencia de haberse encontrado estas personas con aquel Jesús, laico de la Galilea, que se atrevió a compartir casa, mesa y comida.

**Domingo 49º del Evangelio de Juan (30.10.2016): Juan 19,31-42**

***Todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. ¡El AMoR es AMaR!**

El hecho de la muerte de Jesús, según este narrador del cuarto Evangelio, sucede en Jerusalén mientras se están sacrificando en las instalaciones del Templo los corderos que van a ser comidos en las familias como corderos ‘pascuales’ y como actualización de aquella última comida-cena del viejo Israel en Egipto. Se recordaba que, mientras las familias cenan su cordero, el ángel del Dios-Yavé ‘pasa-pascua’ por las familias egipcias para acabar con cuantos primogénitos puedan impedir la salida de los judíos hacia su liberación, hacia la posesión de una tierra que sea suya y solo suya.

Para este evangelista, el laico Jesús de Nazaret es el cordero que anuncia alto y claro la liberación de la religión de Israel mantenida en el Templo y por las autoridades de la Ley y del Sacerdocio. Esta religión ha llegado a ser como el poder esclavizador del faraón. En los Evangelios sinópticos se afirma que Jesús muere en la cruz después de haber comido y celebrado la pascua. Según este llamado Evangelio de Juan, Jesús muere antes de haber comido y celebrado la Pascua. ¿Importa mucho saber esto? Importa constatar que el hecho de la muerte de Jesús sucede cuando el Evangelista que escribe quiere que suceda.

Bien clarito está escrito esto que digo en las palabras siguientes: *“Como era el día de la preparación de la fiesta de Pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz aquel sábado, ya que aquel día se celebraba una fiesta muy solemne”* (Juan 19,31). Y lo vuelve a repetir este contador de los hechos al finalizar la tarea del sepultamiento de este hombre: *“Allí depositaron a Jesús dado que el sepulcro estaba cerca y era la víspera de la fiesta de Pascua”* (Juan 19,42).

Recuerdo que para este Evangelista esta fiesta de la Pascua es tan central que es la tercera vez que aparece en su relato del acontecimiento Jesús de Nazaret. Tres Pascuas, es decir, al menos tres años de la vida de este galileo y nazareno. En el capítulo segundo se encuentra aquella primera pascua de la vida de Jesús. Y en el capítulo sexto narra la celebración de la segunda pascua. En los otros tres Evangelios sinópticos sólo se cuenta una fiesta Pascua.

La vida de Jesús acaba con este hecho de la colocación del cuerpo inerte de Jesús en un sepulcro. En este Evangelista encuentro dos datos que me sorprenden y que seguramente tienen su razón de ser, pero nunca se acabará de comprender por qué aparecen sólo aquí. Estos dos datos son una presencia y una ausencia: La ausencia de las mujeres mientras se sepulta a Jesús. Nada dice este Evangelio de ellas aquí. En cambio, sí se habla aquí de un personaje desconocido para los otros tres evangelios: Nicodemo.

*“Llegó también Nicodemo, el que en una ocasión había ido a hablar con Jesús durante la noche”* (19,39). Era *“un hombre perteneciente al grupo de los fariseos y personaje importante entre los judíos”* (3,1). Este Nicodemo, con su sabiduría y experiencia, ya se había arriesgado a ser honesto, transparente y lúcido. Sólo él entre tanto magistrado judío se atrevió a proponer: *“¿Acaso nuestra Ley permite condenar a alguien sin haberlo oído previamente para saber qué ha hecho?* (7,50-52). Nicodemo comprendió el ‘amaos unos a otros’. **Carmelo Bueno Heras**